

Relato de un viajero francés sobre los lugares de esparcimiento en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX

1835

Arsène Isabelle

Fuente: Arsène Isabelle, Voyage à Buénos Ayres et à Porto-Alègre, par la Banda Oriental, les Missions d'Uruguay et la Province de Rio-Grande-do-Sul. Paris, 1835. En Andrés Carretero, Vida cotidiana en Buenos Aires, tomo I, Buenos Aires, Planeta, 2000.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Los lugares públicos de esparcimiento son muchos en Buenos Aires. De buen grado visitaríamos el Vauxhall o Parque Argentino, jardín bastante bien mantenido, donde ahora están construyendo un teatro y un circo al aire libre, pero se encuentra algo lejos del centro de la población y es arriesgado quedarse allí hasta muy tarde en la noche.

Con todo se prefiere este jardín a cualquier otro sitio cuando se trata de celebrar comidas o bailes. Fue en ese local donde dimos nuestro banquete patriótico cuando llegó a Buenos Aires la noticia oficial de la gloriosa revolución de julio. Brindamos allí con un vino detestable a la salud de las nuevas instituciones.

Hay otros dos jardines donde concurren los paseantes, el de la Esmeralda, que tiene buen servicio, y el jardín de Retiro, menos frecuentado.

El Retiro es una gran plaza situada al extremo norte de la ciudad en medio de la cual se veía en otro tiempo un vasto circo o arena destinado a las corridas de toros.

El señor Rivadavia lo hizo demoler. La medida casi no provocó ninguna oposición, y el público empezó a concurrir a la Opera, a la Comedia, al circo Olímpico y a los conciertos que reemplazaron a los toros.

Pero el gobierno de 1832 tuvo la feliz idea de restablecer las corridas: escogieron el barrio de Barracas para el hermoso espectáculo, y la primera vez hubo mucha concurrencia por la novedad, pero, poco a poco, las personas decentes dejaron de asistir, y al fin el mismo pueblo acabó por condenar esta veleidad de carácter bárbaro.

En la actualidad la gente se congrega todos los domingos a la hora de la retreta, en la plaza del Retiro para oír la música del cuartel que ejecuta aires patrióticos y sinfonías con admirable ensamble.

Los cafés, aunque bastante espaciosos, son, hay que confesarlo, bastante malos. La plata, por ejemplo, brilla por su ausencia y median sus razones ¿Se adivina por qué? Yo desearía mantenerlo en secreto, pero si me viera obligado a decirlo... La verdadera causa está en que si hay quienes no se paran en manchar sus vestidos con los cabos de vela que se llevan casi todas las noches, ya se encargarían de dar buena cuenta de las cucharas y de los platillos de plata.